

# Aprendiendo en el mundo en tiempos de aislamiento social



Ana Padawer, Carla Golé, Lucila Rodríguez Celín  
y Alejandra Soto

Programa de Antropología y Educación. Instituto de Ciencias Antropológicas. FFyL-UBA

En estos meses han circulado muchas preguntas y respuestas sobre el aprendizaje en este contexto de aislamiento social (ASPO), las que nos fueron permitiendo a los docentes reorientar nuestra tarea pedagógica. Las aulas se cerraron por la cuarentena: lxs niñxs, jóvenes y/o adultxs que nos encontrábamos a diario en estos espacios cuyo propósito específico es enseñar y aprender, comenzamos a transitar distintas formas de educación virtual o mediada por materiales impresos que fueron llegando a los hogares, los que han implicado nuevas enseñanzas y aprendizajes para la mayoría de nosotrxs.

Estamos tratando de entender como continuar con la tarea pedagógica de la mejor manera posible, al mismo tiempo que nos preguntamos por este proceso tan complejo que estamos atravesando, que nos conmueve y cambia el mundo sobre el que cimentamos nuestra práctica docente: ¿qué implicancias tiene la pandemia? ¿qué involucra el aislamiento?. La pedagogía ha enfatizado la importancia del contexto para que los procesos de enseñanza adquieran mayor significatividad, eso no es nuevo. Pero esta pregunta se renueva con fuerza con el aislamiento social obligatorio, e inevitablemente prestamos mayor atención al escenario global que estamos atravesando, con números de infectados en distintos países del mundo, provisiones de kits de detección, vacunas.

Esos procesos globales sin duda penetran en lo que enseñamos y aprendemos, y tienen muchas formas de expresión en los contenidos y métodos pedagógicos. Pero el ASPO también nos ha llevado a mirar el nuevo escenario donde desempeñamos nuestra labor: los espacios domésticos y locales, donde como docentes nos reencontramos con algo que ya sabemos, y es que allí se aprende a hacer otras cosas, distintas de las que se aprenden en las aulas. ¿Qué va a pasar con estas formas de aprender, estos conocimientos generados fuera de las



escuelas que ya existían, pero se desplegaron enormemente en la cuarentena? ¿Cómo se van a vincular espacios domésticos y escolares cuando reabran las puertas de las aulas en todo el país?

Miremos un poco hacia el pasado, para pensar luego en el futuro. La escuela que conocemos hoy surgió históricamente en la modernidad occidental, como un espacio-tiempo separado de las actividades que le permitían a la gente producir alimentos, abrigo, herramientas y demás menesteres para poder vivir: allí se reunían personas agrupadas por edades, y aprendían a hacer ciertas cosas como leer, escribir, contar, relatar lo que se sabía acerca del pasado, describir la naturaleza. En los países europeos esas cosas se aprendían antes en casas particulares, y antes aún se aprendían al realizar actividades cotidianas; la especialización del conocimiento, sus tiempos, personas y lugares, surgió con una promesa: la escuela es una institución que se extendió por el mundo porque permite enseñar el conocimiento que las sociedades reconocen como valioso y legítimo a todxs, independientemente del origen social, étnico, o del género, un saber que cambia a medida que lo hacen la ciencia y el arte.

Pasaron muchos siglos. Las aulas y las tecnologías para enseñar y aprender han cambiado en muchos aspectos. Pero cuando la pandemia nos obligó a quedarnos en casa, nos reencontramos con una situación histórica que creíamos que ya no veríamos más: la enseñanza y el aprendizaje propiamente escolares comenzaron a transcurrir nuevamente en un espacio que no está separado de las actividades cotidianas. ¿Que hicimos ante esta situación? Desde ya que, como humanos, aprovechamos las herramientas y relaciones que tenemos disponibles para seguir enseñando y aprendiendo, no porque esto sea un fin en sí mismo sino porque para poder hacer, es necesario aprender. Fue así como aprendimos nuevas actividades laborales que pudieran realizarse con las medidas de aislamiento; también a cocinar, reparar muebles, refaccionar viviendas, plantar o cuidar animales, cuidar parientes y vecinxs, a usar computadoras y conexiones virtuales para múltiples tareas (incluidas las escolares). La búsqueda de expertxs en estas tareas novedosas se ha dado en relaciones y direcciones insospechadas, y las situaciones de aprendizaje no han estado exentas de conflictos.

Las tensiones surgen porque la experiencia del aislamiento (la relación trabajo/cuidado, las condiciones en las viviendas, el acceso a la salud) no es la misma para todxs, y por ello los aprendizajes se dan en condiciones muy desiguales. Pero también porque las relaciones entre expertxs y novatxs son inherentemente conflictivas, dado que al emprender una nueva tarea la realizamos siempre con alguna divergencia respecto a las formas en las que lo hacían quienes nos antecedieron en la realización de esa actividad. Por estas reconfiguraciones en los escenarios, sujetos y objetos del aprendizaje nos sentimos incómodxs e insegurxs, buscando formas, tiempos, espacios e interlocutores para poder hacer lo que antes del ASPO parecía tener sus protagonistas, su momento y lugar. Pero si recordamos estos procesos educativos en la larga duración histórica que mencionábamos antes, no deberíamos sentirnos así: porque si bien es verdad que en esta situación inédita nos volvemos aprendices y/o expertxs de nuevos quehaceres, en realidad siempre lo somos.

Ahora volvamos a la pregunta inicial: ¿Qué va a pasar cuando se puedan reabrir las puertas de las aulas en todo el país? Tal vez esta experiencia nos permita reconocer los múltiples espacios para aprender y enseñar de los que disponemos, ampliarlos y jerarquizar aquellos en los que antes no reparábamos, tratando cada unx desde nuestro lugar que el aprendizaje sobre el mundo que nos rodea circule más fluidamente, sin tantos cercos institucionales y

sociales que limiten accesos y debates. No vamos a evitar los conflictos, estos son inherentes al quehacer humano que es siempre creativo y crítico, pero si podemos aprender a que esas discrepancias en el saber-hacer se tramiten con más solidaridad y empatía, que también es algo que esta situación de pandemia nos ha enseñado.